

un cabrito para comerle alegremente con mis amigos; mas cuando ha venido este vuestro hijo, que ha gastado su hacienda con prostitutas, habeis hecho matar un ternero cebado para obsequiarle y regalarle. Advierte, mi querido hijo, dijo el amoroso padre, que tú siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. Razon era, pues, celebrar un banquete y regocijarnos cuando ha venido tu hermano, porque muerto estaba y ha revivido, perdido y ha sido hallado.

*La primera* de las tres partes que componen esta famosa parábola, representa, en los dos hermanos, á los justos que viven siempre sometidos á la voluntad de Dios, y á los pecadores que, despues de recibir bienes innumerables de su infinita bondad, le vuelven la espalda y se van á la region mas distante, que es el pecado, y los gastan en ella, viviendo perdidamente. *La segunda* representa al pecador que, verdaderamente arrepentido, se vuelve á su Dios Padre, y le pide, cubierto de lágrimas, el perdon de sus extravíos; y al Señor que le recibe entre sus brazos, le perdona, y hace un banquete de alegría por su conversión. Y *la tercera* representaba al pueblo judío, que teniéndose por justo, no queria entrar en la casa de su padre, donde se hallaba un pecador, que era su hermano menor; y que representaba al pueblo gentil convertido. Esta parábola en su totalidad y objeto principal es la de mayor consuelo para todos los pecadores, y muy principalmente para los grandes pecadores, que ven en ella abiertos siempre los brazos del Dios de las misericordias para recibir á los arrepentidos.

#### Otra del mayordomo infiel.

Cierto hombre rico, les dijo, tenia un mayordomo que fué acusado de disipador de sus bienes. El amo le llamó y reconvinó diciendo: ¿Qué es esto que oigo de ti?

Dáme cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás administrar mis bienes. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré ahora que mi señor me quita la mayordomía? Yo no puedo cavar, y de mendigar me avergüenzo; y despues de pensar detenidamente sobre su situacion, ya me ocurre, dijo, lo que tengo de hacer, para que cuando fuese removido de la mayordomía, me reciban (los deudores) en sus casas. Tomada esta resolucion, fué llamando á cada uno de ellos, y preguntó al primero, ¿cuánto debes tú á mi señor? Y respondió, cien barriles (sesenta arrobas) de aceite. Pues toma tu obligacion, siéntate y escribe cincuenta. Y tú, dijo á otro, ¿cuánto debes? Cien coros (quinientas fanegas) de trigo. Pues toma tu escritura, y escribe ochenta. Y cuando lo supo el señor, alabó al mayordomo infiel, porque lo hizo diestramente (á su favor). Los hijos de este siglo (de tinieblas), concluye Jesucristo, son mas ástutos (en el manejo de sus intereses) que los hijos de la luz. Háceos, pues, amigos con las riquezas (dando limosnas), decia á todos, para que cuando falleciéreis, os reciban en las moradas eternas. Los fariseos eran unos hombres avaros, dice san Lúcas, y cuando oian todas estas verdades, las despreciaban; pero Jesucristo les propuso otra parábola que debió llenarlos de espanto y hacerles entrar en las mas serias consideraciones.

#### Otra del rico gloton y de Lázaro mendigo.

Habia un hombre rico, dijo, que se vestia de púrpura y lino finísimo, y comia todos los dias espléndidamente; y habia un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, que estaba postrado á la puerta del rico deseando alimentarse de las migajas que caian de su mesa, pero nadie se las daba; solo los perros venian y le lamian las llagas. Cuando murió el pobre, le llevaron los ángeles al seno de Abraham (que era el limbo, donde repo-

saban los justos hasta que, triunfando Jesucristo de la muerte, los llevase consigo á gozar en el cielo de la bienaventuranza eterna); tambien murió el rico y fué sepultado en el infierno. Estando este infeliz en los tormentos, alzó los ojos y vió de léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno. Entonces levantó el grito clamando: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro, para que mojado en agua la extremidad de su dedo (con poco se contentaba) refresque mi lengua, porque me abraso en esta llama; y Abraham le dijo: Acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro recibió males; pues ahora Lázaro es aquí consolado, y tu ahí atormentado. Fuera de que hay entre nosotros y vosotros (los condenados) un caos tan grande é impenetrable, que los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden; ni de ahí pasar acá. Pues si esto no puede ser, dijo el rico, te ruego, padre Abraham, que envíes á Lázaro á la casa de mi padre porque tengo cinco hermanos, para que les atestigüe de lo que aquí pasa, no sea que tambien ellos vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moises y los profetas, dijo Abraham; óiganlos. Mas él dijo: No (basta eso), padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á decírselo, harán penitencia. Si no oyen á Moises y los profetas, dijo Abraham, tampoco creerán aun cuando alguno de los muertos resucite (y vaya á decírselo).

Que lean aquí los ignorantes libertinos, que con un tono de triunfo nos dicen: Nadie ha venido hasta ahora á contarnos lo que pasa en el infierno. Que vengan y oigan á Jesucristo y lo sabrán. Por lo que á nosotros toca, consideremos los diferentes estados de Lázaro y del rico en su vida y despues de su muerte. Consolémonos en nuestros trabajos (que nunca serán mayores que los de Lázaro) al ver su eterno descanso; y temblemos los delitos al ver los tormentos del rico, que sobre ser horribles, han de ser eternos. No esperen los incrédulos, para creer, que un muerto les haga relacion de lo

que pasa en el infierno, porque se la hizo ya el rico del Evangelio, y no creyeron, y lo mismo harian aunque viniesen otros ciento. Si no creen á Moises y el Evangelio, tampoco creerán aunque vengan del infierno legiones de muertos, porque para ellos todo seria fantasmas, desvarios y sueños.

**Vuelve á hablar Jesucristo de la importancia de orar y perseverar en la oracion.**

Otro dia que hablaba Jesucristo sobre la importancia de orar y de perseverar en la oracion, se encontraron tambien fariseos entre la multitud, y esto acaso le empeñó á terminar las saludables instrucciones que estaba dando, con las dos breves parábolas que vamos á referir.

Por mucho cuidado que hubiese puesto Jesucristo en todas las ocasiones de manifestar la importancia de la oracion, nunca juzgó haber dicho demasiado sobre esta materia. Por una parte sabia el Señor á cuántos combates se habrian de exponer los discípulos del Evangelio; y por otra conocia que la paciencia se acaba muchas veces, cuando en el tiempo de la afliccion se tiene que esperar mucho tiempo; y queria que se comprendiese bien, que la dilacion de las misericordias de Dios no es una negativa, sino una prueba de nuestra paciencia: que conviene orar con tanto mas fervor cuanto mas tiempo se ha orado sin conseguir: que nunca estamos mas cerca de ser oidos que cuando no nos cansamos de pedir; y en fin, que un hombre afligido seria doblemente infeliz si por falta de perseverancia viniese á perder su paciencia y su corona. Apenas habrá leccion mas necesaria para las almas que padecen, ni que convenga mas repetirla. Por este motivo propuso Jesucristo la primera de las dos parábolas siguientes.

**Parábola de un juez injusto y de una viuda importuna.**

Habia, dijo, en cierta ciudad, un juez que ni temia á Dios, ni respetaba á los hombres; y habia en la misma ciudad una viuda que venia á él (todos los dias) y le decia: Hazme justicia de mi contrario. El juez no quiso oirla por mucho tiempo; mas despues de tantas negativas, dijo entre sí: Aunque no temo á Dios, ni tengo respeto á los hombres, sin embargo, porque me es importuna esta viuda, la haré justicia para que no venga tantas veces, que al fin llegue á molerme. Aquí concluyó el Señor la parábola, y en seguida dijo al auditorio: Escuchad lo que dice el juez injusto; que fué decirles: Si un juez injusto y desatento, que no temia á Dios ni respetaba á los hombres, por último se dejó doblar de la importunidad de una viuda; ¿un Dios justo, elemento y amante de los hombres, no oirá al fin las súplicas de los que le piden con perseverancia? La segunda parábola fué dirigida nominalmente contra los fariseos, y á pesar de esto, no tuvo inconveniente Jesucristo en proponerla á su vista.

**Otra de un fariseo y un publicano que oran en el templo.**

Dos hombres, dijo el Señor, subieron al templo á orar, el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias os doy porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros... así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmos de todo la que poseo. Mas el publicano, estando á lo léjos, no se atrevia ni aun á levantar los ojos al cielo; sino que heria su pecho diciendo: Señor, mostraos propicio á mí que soy un pecador. Acabada la parábola, dijo Jesucristo: Os aseguro que este (publicano) y no aquel (fa-

riseo), bajó del templo justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

**Cura el Señor á diez leprosos.**

No sabemos que los fariseos de la Galilea, despues de haber sufrido la vergüenza de ver pintada con su propio nombre á toda su secta como una soberbia, volviesen á disputar con Jesucristo; acaso porque el Señor dejó luego su pais y se dirigió á la Judea. Cuando hacia este viaje y pasaba por medio de la Samaria, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que parándose á lo léjos (porque no podian acercarse á causa de la lepra) alzaron su voz, diciendo: Jesus, Maestro, tened misericordia de nosotros. Cuando les oyó Jesucristo, les dijo: Id y mostraos á los sacerdotes (á quienes tocaba conocer de la lepra); y mientras que iban, quedaron todos limpios. Uno de ellos, al ver que habia sanado, volvió glorificando á Dios con grandes voces, y postrándose á los piés de Jesucristo, no se cansaba de besárselos y darle gracias. Advierte el sagrado Evangelista que este era Samaritano. Entonces le preguntó Jesucristo, ¿por ventura no fueron diez los curados? ¿pues dónde estan los nueve? ¿no hubo quien volviese á dar gloria á Dios mas que un extranjero? Levántate, dijo al Samaritano (que aun continuaba postrado), y véte, que tu fe te ha sanado (no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma).

**Sube á Jerusalem en la fiesta de las Encenias.**

Á este tiempo se celebraba en Jerusalem por ocho dias la fiesta de la Dedicacion del templo que llamaban *las Encenias*. Era invierno y Jesus se paseaba en el pórtico de Salomon, donde se reunia la multitud para librarse del

frio. Durante el tiempo que habia estado el Señor en Jerusalem, cuando se celebraba la fiesta de los Tabernáculos, dió tantos testimonios de su mision, y tantas pruebas de su divinidad, que despues de su partida, apenas se hablaba de otra cosa; por eso se halló rodeado ahora de Judíos que le preguntaban á porfía, ¿hasta cuándo nos has de consumir el alma? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente.

Despues de las obras y los prodigios que habia hecho Jesucristo por toda la Palestina, en prueba de su mision y de su divinidad, ¿quién no conoceria que esta pregunta no tenia otro objeto que tentar al Señor? No lo ignoraba su Majestad; pero quiso convencerles de nuevo, y entró en un razonamiento, que al paso que no los dejaba que decir, encendia su cólera hasta el punto de tomar piedras para apedrearle. Ya en otra ocasion habian intentado lo mismo, y el Señor se habia librado de sus manos, retirándose; pero ahora contuvo sus criminales movimientos permaneciendo en medio de ellos. Siguió con tranquilidad su razonamiento, y cuando hubo concluido, se retiró sin que nadie le estorbare ó persiguiese, á pesar de que habian determinado prenderle y formar proceso para decretar su muerte.

**Pasa de Jerusalem á la Betania del otro lado del Jordán.**

Saliendo Jesus de Jerusalem se llevó trás de sí los frutos de su celo. Habia predicado en ella los adorables misterios, que debían ser el objeto de la fe de todos los pueblos, y se ganó, sin hacer nuevos milagros, un gran número de seguidores del Evangelio, porque muchos de sus habitantes se resolvieron á creer en el Señor, á pesar de la persecucion de los fariseos y principes del pueblo. Jesucristo eligió para su retiro la Betania, no donde vivian Lázaro, Marta y María, y que estaba vecina á Jerusalem, sino la otra Betania, situada al oriente

del Jordán, donde el Bautista, arrojado de los primeros desiertos por los escribas y fariseos, fué á predicar y bautizar, hasta que se vió precisado, por nuevas persecuciones, á retirarse á la Galilea. Esperando Jesucristo el momento de su sacrificio, permaneció en la Betania cerca de tres meses. Entonces vinieron allí aquellos vecinos de Jerusalem, á quienes sus discursos habian hecho sus adictos. La mayor parte de ellos habian sido discípulos del Bautista, que veian cumplirse en Jesucristo lo que de Él habia dicho su difunto maestro. Tambien siguieron á Jesucristo las turbas, y el Señor las instruía y curaba sus enfermos; ni faltaron fariseos sin otro objeto que tentar á Jesucristo.

**Prohibe el repudio y restablece el vínculo del matrimonio.**

Desde luego le propusieron la ley del repudio, que por la dureza de su corazon les habia permitido Moisés; y el Señor, aprovechando la ocasion, les hizo ver que al principio no hubo tal ley, y que el matrimonio debia volver á su primer estado, en el que no era permitido á los consortes separarse, porque les dijo: Lo que Dios unió, no le separe el hombre.

**Vuelve á abrazar á los niños y pronuncia una sentencia de suma importancia.**

Aquí volvieron á ofrecerle niños para que pusiese sobre ellos las manos y orase por ellos; pero tambien aquí los apóstoles, á motivo de una reverencia mal entendida, volvieron á reprender á los que los presentaban; mas el Señor llevó esto muy á mal, y les dijo: Dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de estos es el reino de los cielos; y poniéndoles las manos y abrazándolos, les bendecía y despedía. Su inocencia le

encantaba, y en nada parece que tenia mas gusto que en abrazar á estos preciosos retratos de la humildad. Concluyó Jesucristo este acto de ternura con una sentencia que debiéramos tener siempre presente. El que no recibiere, dijo, mi Evangelio sencillamente como un niño, no entrará en el reino de Dios.

**Un jóven rico quiere seguir al Señor y no se atreve.**

Cuando iba el Señor á predicar á otro pueblo de la comarca, corrió trás de Él un jóven rico, y arrodillado á sus piés, le preguntaba : Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Si quieres entrar en el cielo, le dijo el Señor, guarda los Mandamientos. ¿Cuáles? preguntó el jóven. No matarás, le dijo Jesucristo, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, no harás fraude... honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á ti mismo. Todo esto lo he guardado desde mi niñez, dijo el jóven. ¿Qué me resta que hacer? Jesucristo le miró y le amó, dice el sagrado Evangelista (y ciertamente era bien amable un jóven que, entre las riquezas, conservaba la inocencia); pero le dijo : Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dalo á los pobres, ven y sígueme. Al oír esto el jóven se afligió y se retiró triste, porque tenia muchas posesiones.

Parece que este buen jóven no se afligió y retiró por no desprenderse de sus posesiones, sino por no sentirse con bastante ánimo para hacer este sacrificio. Por eso se afligió al ver su flaqueza; mas como esta no era criminal, se retiró resuelto á servir á Dios en el estado inocente, aunque menos perfecto, en que le habia puesto la divina Providencia, y á usar bien de sus riquezas, ya que no tenia bastante resolucion para desprenderse de ellas.

**Dificultad de entrar los ricos en el cielo.**

No obstante, como es tan difícil separar el apego á los bienes, mientras que se tiene la posesion, tomó Jesucristo motivo de este pasaje para dar nuevas lecciones sobre tan importante materia. ¡Cuán dificultosamente, dijo, entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron al oír estas palabras, mas el Señor continuó diciendo : ¡Qué dificultoso es que entren en el reino de Dios! (no precisamente los que tienen riquezas, sino los que confían en ellas). Mas fácil es (segun vuestro proverbio) pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico (de estos) en el reino de Dios. Cada vez se admiraban mas los discípulos, y estremecidos, se decian unos á otros, ¿quién podrá salvarse? Entonces les dijo Jesucristo : Para los hombres es esto imposible, mas no para Dios : porque para Dios todas las cosas son posibles ; que fué decirles : Dios puede inspirar al rico el desprendimiento de las riquezas, y poner en su corazon el espíritu de pobreza. Las riquezas no hacen imposible la entrada en el cielo, sino muy difícil. Jesucristo no condena el estado de rico, sino la mala adquisicion de los bienes y el mal uso de ellos. El rico puede ser el consuelo del pobre, del huérfano y de la viuda, y trasladar por las manos de estos sus riquezas al cielo. Puede tambien renunciarlas y confundirse con los pobres para seguir la perfeccion, y ser lo que aconsejaba Jesucristo á este jóven.

Pedro, siempre el mas vivo de todos, interrumpió á Jesucristo preguntando : Hé ahí, Señor, que nosotros hemos dejado todas las cosas (los padres, los parientes, las redes, los anzuelos... nuestro modo de vivir) y os hemos seguido; ¿qué será de nosotros? Os aseguro, les dijo el Señor, que vosotros que me habeis seguido, cuando en el fin del mundo se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, para juzgar á los hombres,

tambien os sentaréis vosotros sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel, y todo el que dejare su casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó mujer ó hijos, ó posesiones por mi nombre, recibirá el ciento por uno, y despues la vida eterna. Muchos primeros, concluyó Jesucristo, serán postreros, y muchos postreros serán primeros. Esta sentencia, dice san Juan Crisóstomo, miraba en particular á la reprobacion del pueblo judío y á la vocacion del pueblo gentil.

#### Parábola de los jornaleros.

El carácter de los Judíos del tiempo de Jesucristo era la suma estimacion de sí mismos, y el entero desprecio de todas las demás naciones del mundo, y el Señor les propuso la siguiente parábola. Es semejante el reino de los cielos á un padre de familias que salió muy de mañana á buscar jornaleros que fuesen á trabajar en su viña. Habiéndoles encontrado, les envió á trabajar en ella, despues de haberse convenido en que les pagaria un denario por dia, que equivalia á casi dos reales.

#### Division de las horas del dia y la noche entre los Judíos.

Los Judíos dividian las veinte y cuatro horas del dia natural en ocho partes; de las cuales aplicaban cuatro al dia, y las llamaban *horas*, y cuatro á la noche, y las llamaban *vigilias*. La hora de *prima* comenzaba al salir el sol y duraba hasta las nueve. La de *tercia*, desde las nueve hasta el medio dia. La de *sexta*, desde el medio dia hasta las tres de la tarde. Y la de *nona*, ó vísperas, desde las tres de la tarde hasta ponerse el sol. Del mismo modo dividian las *vigilias*. La *primera* comenzaba al ponerse el sol y duraba hasta las nueve de la

noche. La *segunda* hasta las doce. La *tercera* hasta las tres de la mañana, y la *cuarta* hasta las seis.

El padre de familias, que habia buscado jornaleros muy de mañana y los habia enviado á trabajar á la hora de prima, volvió á salir á la hora casi de terciá, y encontrando otros que estaban ociosos en la plaza, les dijo: Id tambien vosotros á mi viña, yo os daré lo que fuere justo, y ellos fueron. Volvió á salir cerca de las horas de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Últimamente salió cerca de la hora de vísperas, y halló otros que estaban allí (en la plaza) y les dijo: ¿Qué haceis aquí ociosos todo el dia? Y ellos le respondieron: porque nadie nos ha llamado; id, les dijo, tambien vosotros á mi viña.

Luego que se puso el sol, mandó el señor de la viña á su mayordomo que llamase á los trabajadores y les pagase su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de vísperas, recibió cada uno un denario. Viendo esto los primeros, creyeron que recibirian mayor jornal, pero no recibió cada uno sino un solo denario, y tomándole, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos solo han trabajado una hora y los has hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor; pero el padre de familias respondió á uno de ellos: Amigo, yo no te hago injuria. ¿No te concertaste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y véte; pues yo quiero dar á este postrero tanto como á ti. ¿Ó no me es lícito hacer lo que quiero de lo que es mio? ¿acaso será tu ojo malo porque yo soy bueno? Aquí concluyó Jesucristo la parábola con la misma sentencia que habia dado motivo á ella. Los postreros, dijo, serán primeros; y los primeros serán postreros. Sentencia terrible que humillaba demasiadamente el carácter orgulloso de los Judíos; y que dió motivo á otra mas terrible, no solo para los Judíos, sino tambien para los cristianos; porque muchos son llamados, dijo el Señor, y pocos los escogidos.

Para conocer los pocos escogidos que tuvo el pueblo de los Judíos, desde la vocacion de Abraham hasta el tiempo de Jesucristo, basta leer su historia; y para conocer los que tendrá en nuestros dias el pueblo cristiano, tambien basta ver sus costumbres. Son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esta sentencia terrible, pronunciada por el Hijo de Dios, debiera llenar de sobresalto á todo cristiano, y hacer que trabajase sin cesar con temor y temblor en la obra de su salvacion, como dice san Pablo; mas en el dia, si se exceptúa un número acaso por desgracia mas corto del que se piensa, los demás confiesan á Jesucristo con las palabras, mas no con las obras. Resuena su nombre en su boca, pero no en su corazon, y deben temblar que se hallen comprendidos en el número de aquellos, de los que predijo Jesucristo: No el que dice á mi Padre, Señor, Señor, entrará en el cielo, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, ese entrará en el cielo.

#### Vuelve Jesucristo de Betania á Jerusalem.

Habia permanecido Jesucristo, nuestro Bien, como dos meses y medio predicando en Betania, del otro lado del Jordán, adonde se habia retirado cuando salió de Jerusalem. La voluntad de su eterno Padre, y el orden de su mision le volvian á llamar á aquella ingrata ciudad, y el Señor se dirigió á ella con sus apóstoles, cuando ya solo le quedaban quince dias de vida. Caminaba el Señor con gran denuedo á concluir su carrera delante de sus apóstoles, que le seguian llenos de miedo, porque habian visto en los últimos viajes á aquella ciudad el furor con que le perseguian allí los Judíos. El Señor, que veía esta timidez y cobardía de sus apóstoles, les sacó de entre la multitud que, como siempre, le seguia; y para que ninguno de los terribles sucesos que iban á verificarse en su divina Persona, les sorprendiese ni

apartase de su deber, volvió á referirles, aun con mas extension, lo que ya otras veces les habia hecho presente. Hé aquí, les dijo, que subimos á Jerusalem y en ella se consumarán todas las cosas que estan escritas por los profetas del Hijo del hombre. Será entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos y á los ancianos del pueblo, que todos á una le condenarán á muerte, y despues le pasarán á manos de los gentiles para que la ejecuten. Estos le escarnezarán, le escupirán, le azotarán, le crucificarán y le quitarán la vida; pero resucitará el tercero dia.

#### Pretension de Juan y Santiago á los primeros puestos en el reino de Jesucristo.

Los apóstoles estaban firmemente persuadidos de que su divino Maestro habia de ser aquel rico y poderoso Rey de Israel que debia reinar sobre todos los pueblos del mundo, segun le esperaban los Judíos; y al oírle hablar de su próxima muerte y resurreccion al tercero dia, se olvidaron, segun parece, de los acerbos trabajos de su Pasion y su muerte, y solo pensaron en que era llegado el tiempo de que ocupase su trono; y este, sin duda, fué el motivo de acercarse al Señor la madre de Juan y Santiago, hijos de Zebedeo, adorándole y pidiéndole alguna cosa (para sus hijos). Era esta mujer viuda del Zebedeo y madre de Juan y Santiago. ¿Qué quieres? la preguntó el Señor; y ella respondió: Quiero que estos mis dos hijos se sienten en vuestro reino, el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda. El Señor escuchó con paciencia la importuna pretension de la madre, y dirigiendo la respuesta á los hijos, por quienes habia sido movida á hacerla; no sabeis lo que pedís, les dijo; ¿podeis beber el cáliz (de mi Pasion) que yo he de beber, ó ser bautizados con el bautismo (de muerte) con que yo he de ser bautizado? Podemos, le respondieron

(tampoco aquí sabían lo que prometían). Pues bien, les dijo el Señor, beberéis mi cáliz, mas el sentaros á mi derecha, ó mi izquierda, no me pertenece á mí darlo á vosotros, sino á los que está preparado por mi Padre. Desde muy al principio habia dado Jesucristo pruebas de preferencia y cariño á los tres discípulos, Pedro, Juan y Santiago. Creyeron los dos hermanos que esta preferencia les seria tambien otorgada en el reino que iba á establecer, y solo temian que se les adelantase Pedro. Por eso le suplicaron por medio de su madre, que le era tambien muy amada, que les concediese los dos primeros asientos en el nuevo reino. Mas como todo esto era humano, y solo hablaba con Jesucristo en cuanto hombre, les respondió : que no pertenecía á Él dar aquellos asientos, sino solo á su Padre. Cuando supieron los diez apóstoles la solicitud de los dos hermanos, se indignaron contra ellos. Mas Jesucristo los quietó, diciendo : ¿Sabeis que los príncipes de las gentes las dominan, y que los mas poderosos ejercen su poder sobre ellos? No será así entre vosotros, sino que cualquiera de vosotros que quiera ser el mayor, será vuestro criado, y el que quiera ser el primero, será vuestro siervo. Aprended del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido, sino á servir hasta dar su vida por la redencion (efectiva) de muchos, y generalmente de todos.

**Da Jesucristo vista á un ciego al llegar á Jericó.**

El Señor, á quien la necesidad de dar instrucciones y explicaciones á sus apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á caminar con la misma diligencia que antes; mas cuando ya llegaba á la ciudad de Jericó, un ciego, que pedia limosna cerca del camino, preguntaba á la multitud que pasaba siguiendo á Jesucristo, ¿qué era aquello? Es, le dijeron, que pasa Jesus

Nazareno. Entonces el ciego comenzó á clamar : Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí. Los que iban delante le mandaban que callase; mas él gritaba mucho mas alto, diciendo : Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí. Aquí se paró Jesucristo, y mandando que trajesen el ciego á su presencia, le preguntó, ¿qué quieres que yo haga por tí? Haced, Señor, dijo lleno de ansia y de fervor el pobre ciego, haced que yo vea. Ve, le dijo el Señor, tu fe te ha salvado; y luego vió el ciego y seguia á su divino Médico, magnificando á Dios; y cuando el pueblo vió todo esto, se deshacia en alabanzas al Señor.

**Avisan á Jesucristo las hermanas de Lázaro que está enfermo gravemente su hermano.**

Jesucristo entró en Jericó y pasó allí tres dias, haciendo en la ciudad y sus contornos breves pero preciosas misiones. Á este tiempo Lázaro, hermano de Marta y María, se hallaba peligrosamente enfermo en Betania, pueblo de su nacimiento y residencia, y menos de una legua distante de Jerusalem. Las hermanas del enfermo enviaron á decir á Jesucristo : Señor, hé aquí que aquel á quien amais ha enfermado. Amaba Jesus, advierte el sagrado Evangelista, á Marta, María y Lázaro, y cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, dijo : Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. El enfermo murió á pocas horas de haber enviado las hermanas el aviso á Jesucristo. No lo ignoraba el Señor; pero dilató el consolarlas, porque á las almas que ama, pone en aflicciones para concederlas favores, y sobre todo porque así convenia ahora para obrar uno de sus mayores portentos. Aun permaneció en Jericó y sus cercanías dos dias, y en



ellos sucedió lo que vamos á referir con un publicano, llamado Zaqueo.

**Santifica Jesucristo la casa del publicano Zaqueo.**

Era este un príncipe de los publicanos y rico. Quería ver y contemplar á Jesucristo, y no podía por causa de la multitud que le rodeaba, y porque él era de muy corta estatura. Echó á correr delante de las gentes y se subió en un sicómoro (higuera silvestre) para verle, porque habia de pasar por allí. Cuando llegó Jesus á aquel sitio, alzando sus divinos ojos, le miró y le dijo: Zaqueo, baja luego, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa. Y el Zaqueo bajó apresurado y le recibió, lleno de gozo, en su casa. Al ver esto los Judíos murmuraban altamente de que se hubiese alojado en la casa de un pecador (por tal tenían á todo publicano); mas el Zaqueo, para evitar el escándalo que su nombre de publicano podia causar, se mantuvo de pié, manifestando con esto su humilde condicion, y justificó su conducta, diciendo: La mitad de mis bienes doy á los pobres, y si alguna cosa he defraudado á alguno, le vuelvo el cuatro tanto. Entonces le dijo Jesus: Hoy ha venido la salud á esta casa, porque este tambien es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.

Habiendo santificado Jesucristo con su divina presencia la casa del Zaqueo, salió de ella con sus discípulos para ir á Betania, y cuando caminaban, les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme, y yo voy á despertarle. Si duerme, dijeron á una los apóstoles, si duerme, estará ya sano. Jesucristo hablaba de su muerte, y ellos entendian que hablaba del sueño natural. Entonces Jesucristo les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais.

**Sabe Marta la venida de Jesucristo y corre á su encuentro.**

Siguió el Señor su camino hasta las cercanías de Betania, y supo que iban ya cuatro días que Lázaro estaba muerto y sepultado. Habian venido muchos de los Judíos á la casa de Marta y María para consolarlas de la muerte de su hermano. Marta fué la primera que supo que venia Jesus, corrió luego á su encuentro, y derramando dos fuentes de lágrimas; Señor, le dijo, si vos hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano; pero bien sé que todo lo que pidiéreis á Dios, os lo concederá Dios. Resucitará tu hermano, la dijo el Señor. Bien sé, dijo Marta, que resucitará mi hermano en el último dia, cuando resuciten todos los muertos. Yo soy la resurrección y la vida, la dijo Jesucristo, y el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Sí, Señor, dijo Marta, yo he creído y creo firmemente que vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo á salvar á los que creen en vos.

**María, avisada por su hermana, corre á pastrarse á sus piés.**

María no habia sabido que venia Jesucristo y se estaba en su casa; Marta, ansiosa de dar parte á su hermana de lo que pasaba, volvió á casa apresurada y como de oculto, y llamó en silencio á su hermana. El Señor ha venido, la dijo, y te llama. Al oirlo María, se levanta fuera de sí, corre al sitio donde su hermana habia dejado al Señor, llega, se arroja á sus piés, y bañandolos con sus lágrimas, ¡ah, Señor, exclamó, si vos hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano!